

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

José y la tentación

Génesis 39

¿Cómo juzgamos hoy la actitud de José frente a la esposa de Potifar? Vivimos en una época en la cual las nociones del bien y del mal están de tal manera trastornadas, que corremos el peligro de adoptar concepciones relajadas en cuanto a la gravedad del pecado y de tener nuestro juicio absolutamente falseado, por no estar fundado en la Palabra de Dios. Sin duda, el mundo ha cambiado mucho más en los últimos cincuenta años que durante los cinco siglos precedentes. La inestabilidad, la disputa y el pecado bajo todas sus formas jamás se habían manifestado tanto, ni habían sido tan universales como hoy día. Ante esta violencia y corrupción generalizada, frente a este derroche de pasiones humanas de las más viles, ¿no es reconfortante recordar la firmeza y la pureza de un José en presencia de la tentación?

Hermanos, comprendiendo el peligro y la complejidad de muchas situaciones a las cuales pueden estar expuestos, quisiera animarlos mostrándoles, por el ejemplo de un joven temeroso de Dios, que ustedes también pueden vencer a ese gran enemigo de la juventud: la impureza.

La tentación a la cual José estuvo expuesto fue terrible, y ha existido en todos los tiempos, pero las circunstancias que la rodeaban la hacían casi sobrehumana. Recordemos que José era joven, tenía más o menos 20 años. Es la edad más propicia para la seducción, porque las pasiones ya están despiertas, pero no se tiene el contrapeso de la reflexión, la experiencia y el sentido de la responsabilidad. José era “de hermoso semblante y bella presencia” (v. 6).

Los jóvenes de ambos sexos están fácilmente inclinados a jugar con tales ventajas y a mostrar simpatía hacia los que los admiran. José era el objeto de una confianza sin límites por parte de su amo, podía obrar como bien le parecía. La esposa de Potifar “puso sus ojos en José” (v. 7) y trató de seducirlo día tras día. Es fácil resistir una o dos veces, pero cuando esto se repite insidiosamente diez, veinte veces, incluso cada día, cuando la costumbre tiende a apaciguar o atenuar la repugnancia y el horror de la primera impresión, ¡cuántas veces el pecado triunfa finalmente! También sabemos que José estaba absolutamente solo, y esta soledad debía afectarlo. No sólo estaba en un país idólatra, lejos de su familia y de su padre, quien lo creía muerto, sino que además se hallaba solo en esta parte de la casa; ninguna mirada humana podía seguirlo.

¿No es cierto que cuando sabemos que nadie puede vernos, cuando creemos que no recibiremos ningún castigo, nos inclinamos a hacer cosas reprensibles? Pero incluso si nuestros familiares o amigos no nos ven, por lo menos queda esta certeza protectora: Dios nos ve. José era consciente de ello y dijo a esta perversa mujer: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (v. 9). El recuerdo de sus sueños de años anteriores hubiera podido agregar peso en la balanza de la seducción. Sabía que un día llegaría a ser grande y habría podido preguntarse: ¿Quién sabe si, cediendo a esta propuesta, apresuraré la hora de mi liberación y exaltación? José, tan joven y hermoso, ¿cómo pudo finalmente librarse de esta red que se cerraba más y más? En el mismo momento en que el enemigo de su alma creyó que iba a sucumbir, José se liberó huyendo. Huyó de esta impúdica mujer, como se huye de una serpiente. Huir así no fue la actitud de un cobarde, sino la de un sabio. Esta huida fue un retiro glorioso.

¡Qué ejemplo nos da este joven puesto en circunstancias tan difíciles! ¿Y cuáles fueron las armas que le dieron la victoria? Su gran piedad, su temor a Dios, su horror hacia el mal, su firmeza para huir de las “pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22) “que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11). Él cumplió Romanos 12:9: “Aborreced lo malo, seguid lo bueno”. Cuantas personas, incluso entre las que profesan piedad, sólo quieren ver en la impureza una debilidad. De hecho, una de las principales causas de la incredulidad se halla precisamente en la lascivia. Si queremos saber lo que Dios piensa de este pecado, leamos los juicios sobre Sodoma, Gomorra y los cananeos. Leamos sobre todo el último párrafo de Romanos 1: en tres ocasiones dice que Dios entregó a esos impúdicos a la inmundicia, a pasiones vergonzosas: sus cuerpos (v. 24), sus almas y sus espíritus (v. 28). ¡Qué cuadro espantoso de las devastaciones del pecado, confirmado por lo que vemos a nuestro alrededor! Tales hombres reciben en ellos mismos la debida recompensa de su extravío (v. 27).

Además de la profunda piedad y del temor de Dios que lo caracterizaba, José recibía fuerzas adicionales cumpliendo su tarea diaria, por sencilla que fuera. Nos es dicho: “Aconteció que entró él un día en casa para hacer su oficio” (Génesis 39:11). Una ocupación regular en la cual nos esforzamos por glorificar al Señor, nos preservará, mientras que un hombre inactivo, perezoso o soñador entrea-bre anticipadamente su alma a la tentación.

Jóvenes, bajo una forma u otra, la tentación no dejará de asaltarlos. Parecido al agua que penetra por las más pequeñas hendiduras, “este grande mal”, como dice José, tratará de deslizarse en el alma por todas las fisuras. El diablo sabrá encontrar una «esposa de Potifar» que les presente todos los encantos de la seducción, e insistirá

cada día, en los momentos de ociosidad, en el silencio de la noche. Si ceden, su vida cristiana se arruinará; y las delicias del pecado, de las cuales se puede gozar por un momento (Hebreos 11:25), dejan un sabor bien amargo.

Que el Señor nos conceda la gracia de permanecer en las cosas que hemos aprendido (2 Timoteo 3:14), sin ser llevados por el espíritu “del presente siglo malo” (Gálatas 1:4). Vivamos en la presencia de Dios, seamos fieles en las pequeñas cosas, tengamos horror al mal; huyamos de la inmundicia bajo todas sus formas: cerremos ese libro, evitemos ese espectáculo, terminemos con esa compañía. Sólo en la comunión con el Señor el gozo es puro, santo y bueno.

Pero si tristemente usted ya ha sucumbido a la tentación, “abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Tal vez sólo Dios conoce la intensidad de las tentaciones a las cuales usted ha sucumbido, la larga y trágica resistencia que dio, el dolor que siente por haber sido vencido. Si hay un arrepentimiento sincero y un juicio profundo de sus actos y de su estado, Dios intervendrá para librarlo.

J. Khm

PARA TODOS

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Se suscribe escribiendo al editor: Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada.